

da embajada del citado cacique salió al encuentro de la escuadra en una gran canoa, trayéndoles no sólo una invitación para visitar al soberano en su residencia, sino también un cinturón, artísticamente trabajado, de conchas, perlas y huesos, como muestra de las pacíficas intenciones de éste (1), y además una máscara de madera cuyos ojos, lengua y nariz eran de oro macizo.

Colón decidióse á aceptar la invitación, y después de haberse asegurado por algunos mensajeros de toda confianza de la exacta posición de la ciudad del cacique, así como también de la ruta que había de seguir, se hizo á la vela en la mañana del 24 de diciembre desde el puerto de Santo Tomás, hoy bahía de Acul, emprendiendo la travesía á la residencia de Guacanagari. Como los mensajeros sólo habían hablado favorablemente del camino, diciendo que la distancia que había que recorrer no ofrecía peligro alguno, decidió el Almirante, fatigado por los incesantes trabajos y vigiliás, acostarse al anoecer del citado día, mucho más viendo la mar completamente tranquila y creyendo que el timón estaba confiado á manos expertas. Pero apenas se había retirado, cuando el timonel, con imperdonable ligereza, confió puesto de tanta responsabilidad á un grumete, y se entregó al sueño en compañía del resto de la tripulación, por más que el precavido Almirante había prohibido terminantemente desde que emprendieron el viaje que se confiase nunca á un grumete la dirección del barco.

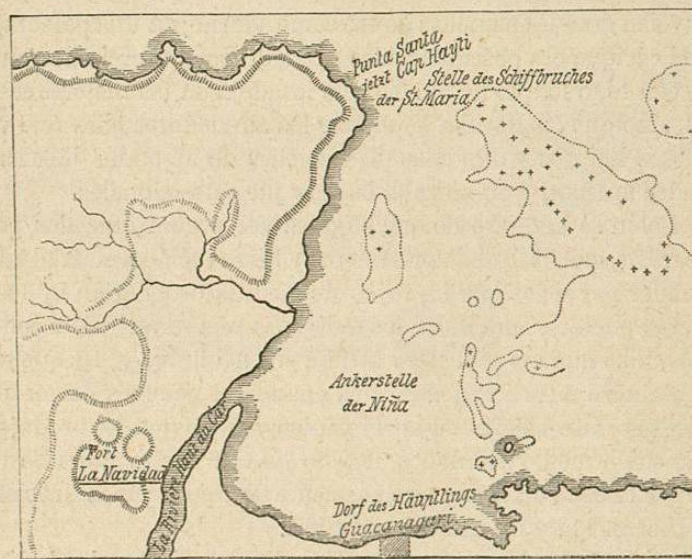
Hacia media noche sucedió que el barco, impulsado por una fatal corriente, dió en un banco de arena. El muchacho notó de repente paralizado el timón, y al oír el ruido de las olas al quebrarse lanzó un fuerte grito de angustia. Colón fué el primero que se presentó sobre cubierta dando á la tripulación, ya despierta, la orden de tirar al mar el cargamento de popa y aferrar en aquella parte el ancla; pero en lugar de seguir este consejo, perdiendo la cabeza á causa del miedo, sólo pensaron en salvarse, dirigiéndose á la otra carabela, de la cual fueron rechazados. Como entre tanto el barco se iba inclinando cada vez más hacia el costado, para aligerarle mandó Colón echar abajo el palo mayor; pero este recurso, destinado á retrasar el hundimiento del barco, resultó también infructuoso: las randras se abrieron y el buque se inclinó completamente hacia un costado.

Colón y sus gentes abandonaron precipitadamente la carabela refugiándose en *La Niña*, desde la cual mandó mensajeros al cacique informándole del percance. Tan pronto como Guacanagari recibió la noticia,

(1) Así como el cinturón *Wampum*, primorosamente trabajado, era emblema de paz entre los indios del continente de la América del Norte, parece ser que también lo era entre los de las islas Occidentales de la misma.

mandó á sus hombres en grandes canoas para que ayudasen á transportar la carga del barco á tierra, y él mismo fué con sus parientes y hermanos á fin de vigilar á sus subordinados, dándoles prisa y sin dejarles un momento de descanso.

«En ninguna parte de Castilla, dice Colón en su diario, hubiera hallado más cariñosa y pronta ayuda. Con gran acierto ordenó el cacique que se guardase todo el cargamento en las casas de la ciudad hasta que se dispusiera la manera más conveniente de guardarle. Hombres armados lo vigilaron toda la noche para que no se sustrajese nada. Puedo afirmar



Plano de la situación de la bahía de Punta Santa, hoy Cabo Haití, así como del fuerte La Natividad. (Diseñado por Rodolfo Cronau)

á Vuestras Altezas que no puede hallarse en todo el mundo gente mejor ni país más hermoso que éste. Tienen un modo de hablar verdaderamente amable, y la más amigable sonrisa siempre en los labios »

El sitio en que tuvo lugar este naufragio es un inmenso banco de arena poblado de arrecifes de coral, situado á la entrada del actual puerto de Cabo Haití en dirección de Sudeste á Noroeste, y que hace aún muy peligrosa entrada en esta espaciosa bahía. Nuestra carta, trazada sobre el terreno, explica con mayor claridad la situación de este punto, al mismo tiempo que la de la ciudad de Guacanagari y la del fuerte levantado por Colón.

La residencia del cacique estaba próximamente á legua y media de

distancia del lugar del siniestro; así es que Colón mandó echar anclas al único buque que le había quedado cerca de ésta. Entablóse al momento entre indígenas y españoles animado y amistoso comercio, y allí fué donde se vió por completo satisfecha la sed de oro de los segundos. Por algunos alfileres dábanles pedazos de oro por valor de 2 castellanos (50 pesetas).

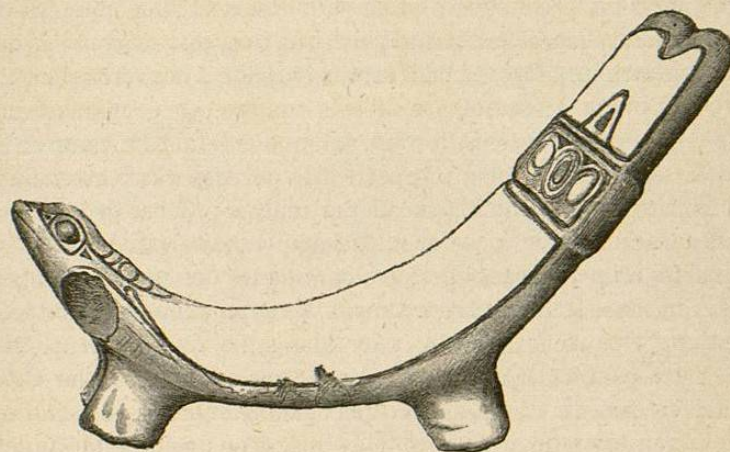
Por unos cuantos cascabelillos entregaban pedazos tan grandes como una mano, y cuando Guacanagari vió el deseo que tenía el Almirante de poseer mucho oro, le aseguró que le daría tanto como quisiera. Con ocasión de saltar en tierra el genovés para hacerle una visita, regalóle, entre otros objetos de valor, una gran máscara de madera en cuyos ojos, boca, nariz y orejas se veían grandes planchas de oro como adorno; en una palabra, todo el afán del cacique era obsequiar á los extranjeros, que creía descendidos del cielo, con todo lo que podía. No sólo los alojó en las mejores casas de la ciudad, sino que los llevaba á recorrer los alrededores para que viesen sus frondosos huertos y dilatadas plantaciones de algodón; dábales también grandes festines, y organizaba bailes y juegos nacionales.

Como Colón se enterase de que algunas veces eran atacados por los salvajes caribes, que los hacían prisioneros y los reducían á esclavitud, dióles á entender por señas que los reyes de Castilla ordenarían la destrucción de estos pueblos. Para dar á los indígenas una muestra del poder de los blancos, hizo que un ballestero luciera sus habilidades, las que causaron gran asombro á los indígenas. Mas cuando el genoves dió orden de cargar y disparar un cañón fué tal el pánico y susto que les produjo, que cayeron al suelo medio atontados, mucho más al ver la nube de humo que salía por la boca de éste y que al mismo tiempo algunos árboles próximos se desgajaban y caían hechos astillas.

A consecuencia de la amistosa acogida dispensada por los indígenas y de la gran cantidad de oro que de ellos continuamente recibía, el estado de ánimo de Colón era tan placentero que miraba como una gran fortuna haber embarrancado precisamente en aquel sitio. Cierto es que, tanto como amables y cariñosos eran los indígenas, era el país hermoso y encantador; un verdadero paraíso. El mar y los ríos rebosaban de sabrosísimos pescados; los árboles estaban cargados de los más variados y ricos frutos. Los campos, apenas cultivados, suministraban en abundancia el sustento, y el suelo parecía guardar inagotables minas de oro en sus entrañas. No es extraño, por lo tanto, que se decidiese el Almirante á fundar una colonia en aquel paraje.

Pronto dió comienzo á la realización de esta idea, empleando la madera del buque encallado en la construcción de un sólido fuerte cerca de la ribera de un río que embocaba al Oeste de la residencia del cacique. El fuerte tenía una alta torre, también de madera, y estaba rodeado por un foso.

Creemos de interés hacer la descripción detallada de esta primera colonia española en el Nuevo Mundo. Según los antiguos cronistas, estaba situada al Oeste de la residencia de Guacanagari, y podía llegarse á ella embarcado en un pequeño bote, ascendiendo un corto trecho por el río que embocaba en aquel lugar. Si la residencia del cacique estaba situada en el sitio donde se halla al presente la colonia de Petit Anse, denominado aún con frecuencia con el antiguo nombre indio de Guarico (probablemente abreviatura del nombre del cacique), es idéntico el río al de *Rivière Haut*



Silla en forma de tortuga, labrada en piedra de asperón gris, encontrada en una caverna de las islas Caicos. Los ojos, profundamente vaciados, parecen estar destinados á alojar piedras preciosas ú otros adornos de oro. El respaldo está adornado con una cenefa de ornamentación. (Dibujado por R. Cronau, del original que se conserva en el Museo Nacional de Washington).

du Cap, accesible sólo á pequeñas embarcaciones, en cuya orilla izquierda, sobre un promontorio, se eleva un fuerte de construcción moderna emplazado probablemente en el mismo punto en que levantó Colón el llamado *La Natividad*.

La Niña tenía su sitio de anclaje cerca de la embocadura del río, pues el cronista Oviedo dice que Colón se proveyó de agua á su regreso á España en un pequeño arroyo que desembocaba en el mar, al Noroeste de donde estaba anclada la carabela.

Este arroyo es el mismo que, bajando de las alturas que hay más arriba de la ciudad de Cabo Haití, surte á ésta de agua. Si en nuestro grabado vemos á la izquierda, en primer término, la embocadura de este arroyo, en el centro y á la derecha del curso del río hay un promontorio en cuya cúspide debió estar asentado en otro tiempo el fuerte *La Natividad*. Si el sitio donde ancló *La Niña* está indicado por el mismo barco, la residencia

de Guacanagari tuvo que estar situada, sin duda alguna, en la esquina izquierda más extrema de aquella llanura poblada de hierbas, morcajo, y de varios arbustos que rodean toda la parte oriental y meridional de la actual bahía de Cabo Haití, cuya fila de casas no hemos puesto de propio intento en el dicho grabado porque nuestro propósito ha sido dar á nuestros lectores una copia del aspecto de aquellos lugares cuando llegó á ellos Colón. Mientras con ayuda de los indígenas adelantaba rápidamente la construcción del fuerte, Colón aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían para adquirir noticias del país, principalmente acerca de aquellas comarcas donde había oro. Como punto principal para esto designaban la montañosa comarca de Cibao, la cual estaba llamada á convertirse en un verdadero El Dorado. La semejanza de este nombre con el maravilloso país de Cipangu del Asia Oriental afirmó, más que todo, al Almirante en la idea de haber llegado á la India y á la parte Este del Asia, y esta creencia veíala más confirmada Colón de día en día por nuevas pruebas de la inagotable riqueza de aquel suelo, pues el incansable Guacanagari hacía esfuerzos imaginables á fin de reunir grandes cantidades del precioso metal para que el Almirante se lo llevase á España. La gran simpatía que profesaba el cacique á éste se la demostró unos días antes de su partida, cuando bajó á tierra para hacer una visita al soberano indio. Al llegar Colón se encontró en casa del cacique con otros cinco tributarios de éste. Después que hubieron invitado al Almirante á sentarse en una de aquellas sillas de forma de cuadrúpedo, levantóse Guacanagari, se quitó el símbolo de oro de su soberanía, y adornó con él la cabeza del genovés, demostrando con esto que le consideraba como á dueño.

Hacia mediados de enero estaba terminado el fuerte, al que dieron el nombre de *La Natividad* por haber sido aquel día cuando entraron en el puerto. Dejando á treinta y nueve españoles, entre ellos á los más hábiles obreros, de guarnición en él, confirió Colón el mando de esta primera colonia española del Nuevo Mundo á Diego de Arana, con la condición de que, caso de que éste muriese, tomase el mando Pedro Gutiérrez, y si también éste llegase á fallecer, Rodrigo de Escobeda, recomendando á todos cumpliesen estrictamente sus órdenes por amor á sus altezas reales.

Antes de marcharse mandó á los marineros que se armasen y realizaran un gran simulacro ante los indígenas, á fin de que éstos aprendiesen á respetar y temer las armas de los españoles y mantuviesen la paz. Hecho esto, y después de haberse despedido del cacique, que tenía los ojos arrasados en lágrimas, levó anclas el 4 de enero, dando comienzo á su viaje de regreso á España.

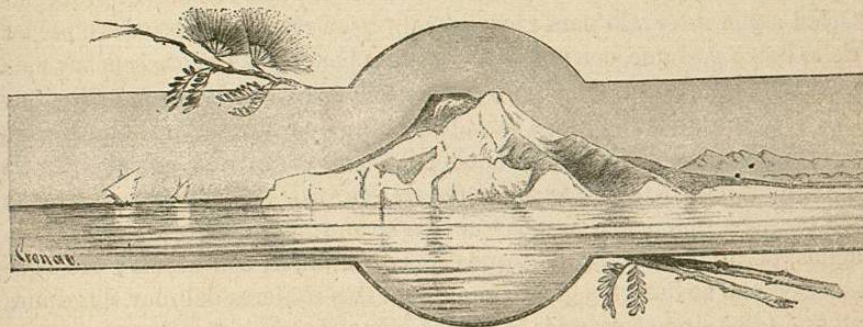
Al principio navegaron hacia un elevado monte que distaba dieciocho leguas en línea recta al Este del promontorio Punta Santa, surgiendo ma-

jestuosamente de entre las olas, y que por su especial estructura excitó desde larga distancia el interés del almirante. Este lo describe con las siguientes características palabras:

«El monte parece una isla, pero no lo es, sino que, por el contrario, está unido á la tierra llana, y presenta el aspecto de una hermosa tienda de campaña en figura de dosel.»

Colón bautizó este promontorio, cuyos murallones de piedra amarillo rojiza se ven brillar desde lejos, con el nombre de Monte Cristo, que aún conserva en la actualidad.

En la precisión de permanecer allí algunos días á causa de fuertes vientos contrarios, al proseguir el día 6 el viaje viéronse sorprendidos de



Monte Cristo (Dibujado del natural por Rodolfo Cronau)

repente por la aparición de *La Pinta*, que, como se recordará, iba á las órdenes de Martín Alonso Pinzón, y á la cual no habían vuelto á ver desde el 21 de noviembre. Ya en el puerto de Punta Santa había Colón tenido algunas vagas noticias respecto de un gran barco tripulado por hombres blancos, el cual barco navegaba por las costas orientales de Punta Santa, y al efecto había enviado un bote en su busca, puesto que no podía ser otro que *La Pinta*; pero todas las pesquisas resultaron infructuosas.

Como no era posible celebrar en aquel paraje una entrevista entre los dos capitanes á causa de los muchos bancos de arena de que estaba lleno, volvió Colón al puerto de Monte Cristo, que estaba resguardado por el promontorio, siguiéndole *La Pinta*. En la entrevista que tuvo allí lugar trató Pinzón de demostrar que su separación del almirante había sido involuntaria, lo cual no pudo creer éste recordando lo poco atento y muy orgulloso que Pinzón se había mostrado con él en el transcurso del viaje.

A pesar de que Colón estaba convencido de que dicho capitán se había separado de él con el deliberado propósito de ser el primero en explotar el oro, y que los indios que le acompañaban aseguraron al Almirante que

había tenido éxito su expedición, pues adquirió varias veces grandes trozos del precioso metal á cambio de un pedacito de cinta de un dedo de largo, contuvo el almirante su indignación y sólo confió su amargura á su diario, en el cual dice «que sólo terminaría felizmente su viaje sufriendolo todo en silencio, y que á pesar de aquella insubordinación tenía que fingir, en vez de castigar á los culpables como se merecían.»

No debió de enmendarse Pinzón posteriormente en su altivo proceder para con el almirante, puesto que todo el afán de éste último era apresurar lo más posible el regreso á la madre patria, «para, según decía, librarse de aquella mala compañía en cuyo centro se encontraba.»

Sin embargo, como los barcos tuviesen que permanecer aún en la bahía de Monte Cristo á causa de los vientos contrarios que reinaban, aprovechó Colón aquel intervalo para reconocer un gran río que embocaba no lejos de la bahía y al que, con motivo de las muchas pepitas de oro que sus arenas contenían, dió el nombre de *Río de Oro*. Este, que lleva en la actualidad el nombre de Yaqui, ha variado de curso en el tiempo transcurrido, y, divididas sus aguas en diferentes brazos, se confunden con las del mar á algunas leguas de distancia. Cerca de este río, poblado de aligátos, vió también Colón tres sirenas que surgieron repentinamente de entre las aguas; pero en su diario dice que éstas no eran, ni con mucho, tan hermosas como se describe generalmente á estas mujeres del mar. Sin duda alguna tales sirenas eran las llamadas Manatís ó vacas marinas, que aún se encuentran con frecuencia en la costa septentrional de la isla Española, las cuales tienen pechos semejantes en un todo á los de una mujer, tanto que, vistas á alguna distancia, parecen enteramente mujeres que se bañan, y á lo cual es debida la creencia en la existencia de las sirenas, pues más de un navegante de aquel tiempo ha sido sorprendido por estos habitantes del mar, no sólo en las costas de América, sino también en las de Africa.

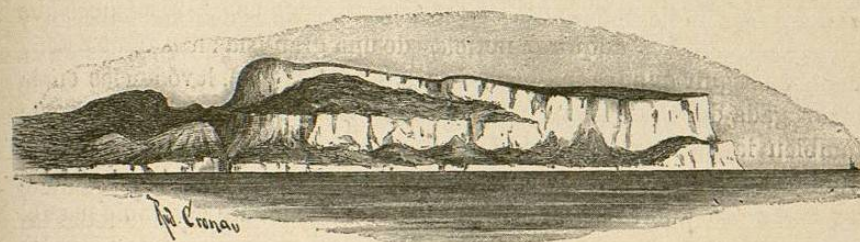
Hasta el anochecer del 9 de enero no pudieron proseguir su viaje á causa del temporal, llegando al día siguiente á un río al que dió Colón el nombre de *Río de Gracia*. Por los indígenas que habitaban allí supo el almirante que Pinzón, que había desembarcado poco antes en aquel punto, había arrebatado violentamente á dos muchachas y cuatro hombres. Efectivamente, á bordo de *La Pinta* los hallaron encerrados, y Colón ordenó que los colmasen de presentes y fueran inmediatamente puestos en libertad, cuyo mandato no obedeció Pinzón sin oponer bastante resistencia.

Continuando la travesía, circundaron los dos cabos llamados Cabrón y Samana, y al trasponer este último llegaron á una inmensa bahía que se internaba tierra adentro hasta donde podía alcanzar la vista, á tal punto

que Colón creyó al principio que un brazo de mar separaba las dos costas que se veían al Norte y al Mediodía.

Era la bahía de Samaná, el paraje donde por primera vez iba á ser derramada por los españoles la sangre de los primitivos habitantes de América.

El almirante mandó á algunos de sus hombres á tierra en busca de fruta y provisiones, y éstos se encontraron con tres indígenas, uno de los cuales accedió á acompañarles á bordo de *La Niña*. Colón dice que jamás ha visto rostro más desfigurado que el de aquel salvaje. Estaba completamente cubierto de pintura negra; los larguísimos cabellos, recogidos en la parte posterior de la cabeza figurando un penacho, los llevaba sujetos



Cabo Samana (Dibujado del natural por Rodolfo Cronau)

con plumas de papagayo, é iba completamente desnudo. Como armas llevaba un arco, flechas, una maza y una enorme espada hecha de madera de palma. Colón creyó tener ante sí uno de aquellos temidos caribes cuya fama de antropófagos era tan conocida que su solo nombre hacía temblar de espanto á todos los pacíficos habitantes de las islas que hasta entonces habían visitado.

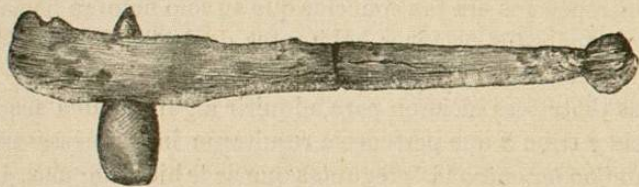
Cuantas tentativas hicieron para adquirir algunos datos acerca de la procedencia y tribu á que pertenecía resultaron infructuosas: parecía indudable que no entendía las preguntas que se le hicieron; mas, á pesar de esto, creyó Colón entender, por las señas que le hizo, que hacia el Oriente había situada una isla llamada Mantinino, habitada sólo por mujeres, y que encerraba grandes riquezas en oro y cobre. Después que hubieron agasajado al salvaje dándole de comer y haciéndole algunos presentes, envióle Colón á tierra con la esperanza de poder cambiar por su mediación sus mercancías por oro y frutos de los indígenas.

Los españoles hallaron también más de cincuenta hombres armados con arcos, flechas y mazas, que al principio parecían inclinados á entablar relaciones amistosas con los españoles, pero de repente arrojáronse sobre éstos tratando de aprisionarlos con cuerdas. Uno de los españoles, al tra-

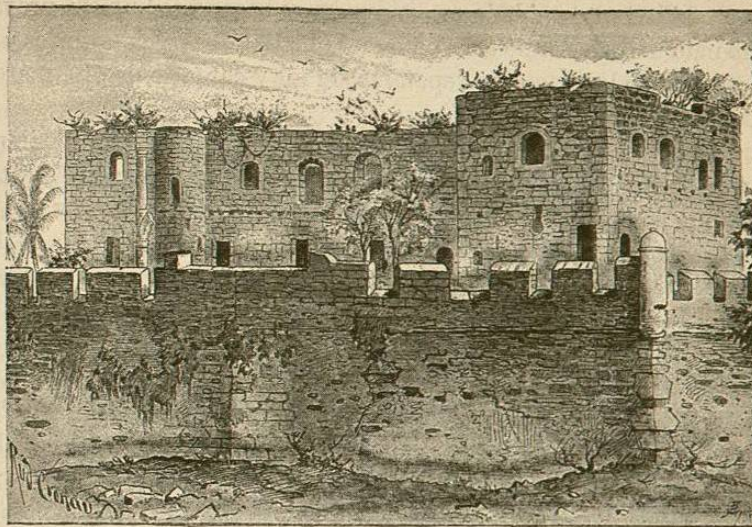
tar de defenderse, dió á uno de los indígenas un tremendo golpe de sable en ambos pies, hiriendo además gravemente á otro en el pecho, en vista de lo cual refugiáronse los demás entre la espesura del bosque.

A pesar de este encuentro tuvo lugar al día siguiente una negociación entre unos y otros, y un cacique, no sólo envió un cinturón Wampum hecho de conchas pequeñas, que, como ya hemos dicho, era un símbolo sagrado de paz en gran parte de la América del Norte, sino que fué también á bordo de las carabelas con tres acompañantes para expresar sus propósitos de paz.

Colón permaneció aún algunos días en aquel precioso golfo, cuyas costas estaban cubiertas de bosque, dándole el nombre de *Golfo de las Flechas*, en recuerdo del primer combate con los indígenas; pero después que por algunos indios adquirió noticias de una gran isla situada al Este, y pudo conseguir que los indígenas le sirviesen de guías, levó anclas en la madrugada del 16 de enero para visitar la isla de los Caribes, así como también la de Mantinino, el misterioso país de las Amazonas. Si Colón hubiera seguido las indicaciones de sus guías, hubiese llegado entonces á las costas de Puerto Rico; pero un viento sumamente favorable para el regreso á España hízole desistir de su propósito, y desplegando todas las velas hizo rumbo hacia su patria.



Maza de piedra de los primitivos habitantes de las islas Occidentales, hallada en una caverna de las islas de Turk



Ruinas del Palacio de Colón en Santo Domingo (Dibujado del natural por R. Cronau)

EL REGRESO

No fué sólo el viento favorable el que indujo á Colón á emprender, sin detenerse más, su regreso á España, sino sobre todo el mal estado de los barcos, que hacían tanta agua que diariamente tenía que emplear bastantes horas la tripulación en extraerla, cosa que preocupaba seriamente al Almirante. Colón creía que los armadores eran los responsables por haber empleado malas maderas en la construcción de las carabelas, pues no conocía aún á los verdaderos autores del daño ó sean esos gusanillos que se encuentran en las aguas de las Indias Occidentales y que se introducen por la más leve grieta ó intersticio en los barcos y los carcomen de tal modo, que más de uno se ha desvencijado y deshecho por completo desapareciendo entre las olas.

En las carabelas de Colón habían hecho tan terribles estragos, que el agua que en ellas entraba apenas podía desalojarse, por cuya causa indecible angustia oprimía el corazón del Almirante, mucho más al ver que el viento favorable que llevaban había cesado y que además la travesía tenía que prolongarse á causa de *La Niña*, cuyo palo mayor estaba tan deteriorado que sólo podía soportar algunas velas y apenas seguir al otro barco, teniendo que perder muchas horas esperando que les diera alcance. Presa del mayor mal humor, dice Colón muchas veces: «Si este capitán